

Antolín Sánchez Cuervo

antolin.scuervo@cchs.csic.es
Instituto de Filosofía-CSIC

El exilio de María Zambrano y la política oculta

Resumen

La experiencia del exilio ofrece una especial complejidad en el caso de María Zambrano, por su plural significación. Una de sus dimensiones más escurridizas y menos exploradas es la política, entendida como una experiencia que cuestiona de manera radical muchos de los espacios y tiempos que ha construido la racionalidad moderna. Como crítica del espacio, el exilio puede alumbrar una ciudadanía universal sin exclusiones

Abstract

The experience of exile offers a special complexity in the case of Maria Zambrano, for his plural significance. One of his slipperier and less explored dimensions is the political, understood as an experience that it questions in a radical way many of the spaces and times that the modern rationality has constructed. As critique of the space, the exile can light a universal citizenship without exclusions

Recepción: 10 de junio de 2014
Aceptación: 27 de junio de 2014

Aurora n.º 15, 2014
ISSN: 1575-5045, págs. 56-62

Palabras clave

María Zambrano, exilio, política, espacio, ciudadanía

Keywords

María Zambrano, Exile, Politics, Space, Citizenship

1. Véase, por ejemplo, la antología editada por Robson, M., *Altogether elsewhere. Writers on exile*, Boston-Londres, Faber and Faber, 1994

Pocos exilios han dejado tras de sí una huella tan singular como el de María Zambrano. Vida y pensamiento se entrelazan en este caso de manera compleja en torno a una experiencia constante de desarraigo y desprendimiento, expresada en sentidos y registros diversos. Todo exilio es equívoco o ambiguo por definición, por las mismas contradicciones que lo definen, muchas de ellas irresolubles como infinidad de testimonios han dejado bien claro.¹ El exilio es una experiencia de límites y rupturas que no puede eludir, sin traicionarse a sí misma, multitud de tensiones entre un antes y un después, un pasado arraigado y un destino incierto, un adentro y un afuera, un aquí y un allá, un fracaso y una esperanza, por mencionar solo algunas de las más simples. Pero en el caso de María Zambrano, esta experiencia tuvo un sentido polisémico. Como tantas veces se ha repetido, con unos u otros acentos, su exilio desbordó los límites de una mera circunstancia biográfica para convertirse en mucho más

que eso: una forma de vivir y de pensar, una definición de la condición humana en su radical desnudez, una búsqueda de razones en el desierto que pronto se transforma en escucha de silencios sonoros, un itinerario interior ligado a la mística y a un singular gnosticismo. O una prolongación transgresora de la reflexión orteguiana sobre la vida como radical inseguridad, el camino «hacia un saber sobre el alma» —cuya insinuación tanto irritara al maestro— o el lugar del pensamiento español más auténtico, siempre desplazado por las grandes filosofías canónicas de Europa. En definitiva, la gran metáfora de un pensamiento náufrago y descentrado que busca en los márgenes del fracasado humanismo occidental la experiencia de un nuevo comienzo capaz de aunar el saber filosófico con el religioso y el poético. El exilio, ya sea en términos vitales, conceptuales o metafóricos, impregna la personalidad y la obra de María Zambrano de principio a fin, plasmándose en multitud de memorias y evocaciones, reflexiones y conceptos, símbolos y delirios, personificaciones y figuras de la tradición literaria, filosófica y religiosa que ella misma recrea y en torno a las que se detiene, desde Job al bienaventurado pasando por Antígona y Nietzsche, el Quijote y la Nina de Galdós, entre otras muchas.²

Pero el exilio de María Zambrano tuvo también una significación política que suele olvidarse, obviarse o sublimarse cuando se aborda ese «plus» gigantesco que le caracteriza. Obviamente, no hablamos de política en el sentido convencional del término. Zambrano no se dedicó a ninguna lucha política durante su exilio, ni militó entonces en ninguna organización republicana, ni participó de ninguna iniciativa en este sentido, como sí había hecho en los años anteriores a la guerra. Incluso podemos decir que más bien rehuyó cualquier forma de praxis política. Pero eso no significa que su exilio careciera de expresiones políticas o críticas, aunque no fueran del todo explícitas o no se plasmaran en conceptos convencionales, permaneciendo un tanto ocultas o inadvertidas entre algunos de sus pliegues. De hecho, si no fuera por estas expresiones, no podríamos hablar de «exilio» en un sentido mínimamente fiel al significado de este término, sino que tendríamos que emplear otros términos que no aludieran, como parte de su definición, a una expulsión por causas políticas. No hay exilio sin una dimensión, una raíz o un origen político, y obviarlo sería como burlar el lenguaje y escatimar a las palabras su sentido. Por eso es tan cuestionable el término «exilio interior» para referirse a la resistencia antifranquista del interior o el de «inmigrante» para referirse a sujetos exiliados por causa de guerras invisibilizadas como muchos de los subsaharianos de las vallas de Ceuta y Melilla, por poner solo un par de ejemplos en los que ahora no podemos detenernos mayormente.

Con el exilio de María Zambrano sucede algo parecido a lo que sucede con otro de los emblemas de su pensamiento: la «razón poética», cuyo origen político y antifascista, alumbrado en plena guerra y como respuesta a ella, tiende a menudo a desdibujarse. Bien

2. He planteado una aproximación al exilio zambrano en «Las metamorfosis del exilio», en Sánchez Cuervo, A.; Sánchez Andrés, A., y Sánchez Díaz, G., *María Zambrano. Pensamiento y exilio*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, págs. 173-190. En todo caso, sobre esta cuestión existe una amplia y creciente bibliografía que no es posible detallar ahora. Dos síntesis muy elaboradas pueden encontrarse en Moreno Sanz, J., *El logos oscuro: tragedia, mística y filosofía en María Zambrano*, Madrid, Verbum, 2008, vol. III, págs. 245-283; y «Destierro y exilio: categorías del pensar de María Zambrano», en Sánchez Cuervo, A. y Hermida de Blas, F., *Pensamiento exiliado español*, Madrid, Biblioteca Nueva-CSIC, 2010, págs. 268-322. Para una visión muy reciente del tema, véase el monográfico *María Zambrano y otras filosofías del exilio 1*, en *Aurora. Papeles del seminario María Zambrano*, 14, noviembre-diciembre, 2013. A propósito de la condición «exiliada» del pensamiento español, resulta muy esclarecedora la Introducción de Francisco José Martín a su edición de Zambrano, M., *España. Pensamiento, poesía y una ciudad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.

3. *Hora de España*, XII, Valencia-Barcelona, diciembre, 1937, págs. 68-74.

4. *Madre España*, Santiago, Panorama, 1937, pág. 96.

5. Lo he planteado en «El pensamiento exiliado del 39 y la crítica del fascismo: María Zambrano y Eugenio Ímaz», en Cabañas Bravo, M.; Fernández Martínez, D.; De Haro García, N. y Murga Castro, I. (coords.), *Analogías en el arte, la literatura y el pensamiento del exilio español de 1939*, Madrid, CSIC, 2010, págs. 315-326.

es cierto que la cita de este origen, en su artículo de 1937 en *Hora de España* «La guerra de Antonio Machado»,³ es ya un lugar común en los estudios sobre su obra, pero como referencia cronológica y bibliográfica más que como una clave hermenéutica decisiva. «Razón poética, de honda raíz de amor», decía allí Zambrano en una cita que suele recordarse haciendo cierta abstracción del contenido respecto del contexto; además de que, dicho sea de paso, no fue esa la primera formulación explícita de la razón poética, la cual puede encontrarse en un escrito publicado unos meses antes. Concretamente, en una nota incluida al final de la antología *Madre España* (Santiago de Chile, Panorama, 1937), que ella misma preparó durante su estancia en Chile con la colaboración de una veintena de poetas chilenos afines a la República española, entre ellos Vicente Huidobro y Pablo Neruda. Hacia el final de dicha nota, escrita a manera de dedicatoria bajo el título «A los poetas chilenos de *Madre España*», a los que agradece su contribución a «la lucha de España», se refiere Zambrano a la insuficiencia tanto del «dolor» y la «pasividad» como de «la fiera lucha armada», por sí solos, para afrontar la actual tragedia española, y a la consecuente necesidad de ejercitar «la razón poética que encuentra en instantáneo descubrimiento lo que la inteligencia desgrana paso a paso en sus elementos».⁴

Zambrano formula así la razón poética por primera vez en un medio radicalmente político y beligerante que no es meramente coyuntural ni circunstancial, sino que condiciona su misma vocación desde dentro: ofrecer una respuesta a la guerra, el fascismo y la destrucción de Europa, resultantes precisamente de la reducción de la razón a esa inteligencia desgranadora, analítica e instrumental. Al igual que otros muchos compañeros de exilio, Zambrano entendió muy pronto que esa lucha o tragedia de España obedecía a un conflicto de dimensiones no solo cainitas o castizas, sino también europeas, fruto de una violencia largamente incubada a lo largo de la modernidad occidental y cuya expresión actual más brutal no era otra, precisamente, que el fascismo. Así lo planteará en *Los intelectuales en el drama de España*, reapareciendo después esta misma tesis, aún de manera discreta, en *Persona y democracia* a propósito del absolutismo y en *El Hombre y lo divino* a propósito del retorno de lo sagrado.⁵ Bien es cierto que, a partir de los mismos años cincuenta en que se publican estos dos libros fundamentales, la razón poética discurrirá por las sendas de la mística, encontrando en ellas el caldo de cultivo para sus expresiones más maduras, pero eso no significa que su origen político sea insignificante o se pierda en la noche de los tiempos sin más, o que no le imprima un cierto carácter que perderá, aunque sea de manera latente, hasta sus últimos escritos.

El exilio, la otra cara de la razón poética, no se agota por tanto en una expresión alegórica de metamorfosis mística o del regreso del maltrecho logos occidental a las catacumbas de la caverna platónica en busca de las entrañas que allí olvidó. Esta dimensión es innegable, pero no es la única. El exilio como forma de vivir y de pensar

puede conducirnos a la mística de muchas noches oscuras, pero también a las penumbras de lo político. El vínculo zambraniano entre religión y política es difuso y tiende sin duda a acentuar lo primero sobre lo segundo, pero no por ello desaparece. En definitiva, el exilio de María Zambrano entraña una dimensión política que podríamos denominar «oculta», en el sentido de que tiende a difuminarse bajo el trazo homogeneizador de muchas reconstrucciones de la razón poética en clave espiritual, e incluso también en el de que ella misma no suele explicitarla en sus escritos políticos de referencia, tales como *Horizonte de liberalismo* o *Persona y democracia*. Esa dimensión del exilio, entendido como una figura política y una experiencia material, cuestiona de manera radical muchos de los espacios y tiempos que ha construido la racionalidad moderna, erigiéndose además en referencia iluminadora del pensamiento contemporáneo más crítico, desde filósofos judíos precursores de la Teoría Crítica como Franz Rosenzweig hasta Agamben y Nancy, pasando por Benjamin y Arendt. A la luz de este nuevo pensamiento, el exilio constituye, precisamente por su condición de «no-lugar», un lugar privilegiado para desenmascarar las dimensiones excluyentes del Estado y su gran aliado, el relato de nación, iluminando la relevancia de ambos en la génesis de las lógicas totalitarias y las sombrías complicidades entre estas últimas y las fórmulas contractualistas de las que tanto provecho ha sacado la inteligencia liberal. Un lugar «u-tópico» o sin topos en el que puede germinar una nueva ciudadanía, inspirada en la semántica de la alteridad y en la condición diaspórica. Una experiencia, asimismo, del destiempo que desenmascara la violencia del olvido inscrito en las lógicas del progreso de las que tanto se han nutrido las filosofías de la historia, así como las continuidades trazadas por el historicismo cuando ha querido librarse de estas últimas. El exilio obliga a plantear otras hermenéuticas del pasado, irreducibles a las metodologías del historiador científico o convencional, poniendo en valor la significación crítica y subversiva, ética y política, de la memoria.

Zambrano también podría inscribirse, a su manera y con una voz propia, en esta tradición reciente y actual de pensamiento crítico, en la que la experiencia del exilio resulta determinante. Para empezar, la figura del exiliado tal y como ella la plantea, en su simple exposición y presencia, incluso en su pura existencia pasiva, esconde un potencial crítico nada despreciable por su capacidad de interpelar e interrumpir. En este sentido, se reconoce en numerosas figuras reflexivas que han expresado la autoridad moral y epistemológica emanada del sufrimiento y de la fragilidad del otro, tales como la *ecceitas* de Jean-Luc Nancy, tan cercana al «si esto es un hombre» de Primo Levi, o al *autroui* del que habla Maurice Blanchot. Zambrano también expresó esta conexión íntima entre alteridad e interpelación, temporalidad e interrupción cuando en *Los bienaventurados* sostiene que el exiliado es «él mismo ya a su paso, una especie de revelación que él mismo puede ignorar, e ignora casi siempre como todo ser humano que es conducido para ser visto cuando él lo que

6. Zambrano, M. *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 2003, págs. 32 y ss.

7. Por ejemplo en «Memoria del exilio y exilio de la memoria», *Arbor*, 735, Madrid, 2009, págs. 3-11; «Pasado inconcluso. Las tensiones entre la historia y la memoria bajo el signo del exilio», *Isegoría*, 45, Madrid, 2011, págs. 653-668; «Auschwitz im Horizont. Das Spanische Exil von 1939 und die Erinnerungskultur», en Pérez Zancas, R. y Maeding, L. (Hrsg./eds.), *Blicke auf Auschwitz. Deutsch und Spanisch Relektüren*, Marburgo, Tectum, 2011, págs. 35-54.

8. Zambrano, M., *La tumba de Antígona*, ed. de Trueba, V., en *Obras completas*, III, ed. dirigida por Moreno Sanz, J., Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2011, pág. 1124.

9. *Ibidem.*, pág. 1117.

quiere es ver. Pues que el exiliado es objeto de mirada antes que de conocimiento, [...] que es como decir de escándalo». O cuando sostiene que es «el devorado, el devorado por la historia» o por «el Tiempo», que es «Dios de la visión [...]». ⁶ Es la presencia de lo que siempre está ausente y por eso interpela hasta el punto de que su subjetividad consiste en ofrecerse como transparencia interruptora. El exiliado —viene a decir Zambrano— es la personificación de una alteridad radical e interpeladora que cuestiona la lógica de la que ha sido despedido, de un otro que ha sido arrojado al olvido y que, cuando en medio de su oscuridad logra hacerse visible, revela y escandaliza, descubre y desenmascara.

La figura del exiliado irrumpe así en los espacios de la polis, interrumpiendo sus tiempos y relatos. En otras ocasiones me he referido a las conexiones zambranianas entre el exilio y la memoria a propósito de algunas de sus evocaciones autobiográficas en *Delirio y destino*, sus interpelaciones a la España del interior en su «Carta del exilio», o su reflexión sobre la latencia del proyecto y del fracaso republicanos en el prólogo a la edición de 1977 de *Los intelectuales en el drama de España*; sin olvidar referencias de orden más teórico como el capítulo sobre las ruinas incluido en *El hombre y lo divino* o diversos fragmentos de *Los bienaventurados*. ⁷ A todo ello habría que añadir las reflexiones sobre la memoria incluidas en *Notas de un método* y numerosas evocaciones de los años republicanos, la guerra y el exilio diseminadas en sus escritos del regreso. Pero en esta ocasión voy a referirme a las conexiones que Zambrano sugiere entre la experiencia del exilio y el espacio político moderno; es decir, al exilio como «u-topía» en el sentido más estricto y contundente del término, como designación de un sujeto fuera de lugar, desprendido de su topos por el efecto de la violencia, o como rescate del momento negativo y más crítico de todo pensamiento utópico, impidiendo que su fuerza imaginativa se pierda en la ensoñación idealizadora bajo la que siempre se reproducen las localizaciones opresivas. O dicho en términos afirmativos, como germen de un nuevo cosmopolitismo o de una ciudadanía universal sin exclusiones.

No es casual que Zambrano se detenga en una figura trágica del exilio de marcada significación política y cívica como Antígona, cuya agonía en los ínferos de Tebas es «vida y visión en el *speculum justitiae*» ⁸ y revelación de «la Nueva Ley». ⁹ Asimismo, en varios fragmentos de *Los bienaventurados* y en algunos artículos del regreso, la mística del exilio parece confundirse con la expresión secular de dicha ciudadanía universal. Tal es el caso de aquellos textos en los que se refiere a la «patria». Al exiliado le separa del desterrado la ruptura total con su país de origen, la desposesión de su condición ciudadana y la imposibilidad de habitar en ninguna patria. Se ha desprendido de todo y hasta el firmamento parece haberse retirado de su alrededor, ha perdido las mediaciones que le vinculaban con su mundo y vive en la intemperie hasta el punto de «[n]o ser nadie», ni siquiera «un mendigo», dirá Zambrano en unos términos que, pese a

su textura poética y en algunos momentos críptica, no dejan de recordar a la figura del apátrida de la que habla Arendt hacia el final de su análisis del imperialismo incluido en *Los orígenes del totalitarismo*. El exiliado camina así entre escombros, de destierro en destierro, «muriendo, desposeyéndose, desarraigándose» en cada uno de ellos. «Y así se encamina, se reitera su salida del lugar inicial, de su patria y de cada posible patria, dejándose a veces la capa al huir de la seducción de una patria que se le ofrece»; huyendo siempre «de un dónde, de un lugar que sea el suyo», para «quedarse tan solo allí donde pueda agonizar libremente...».¹⁰ Un «allí» que es, paradójicamente, el lugar del exilio mismo, transformado en una especie de patria universal, en una patria con mayúsculas o una «patria verdadera»¹¹ que emerge en medio del desierto o del océano, y cuya sustancia es, precisamente, la diáspora. En «El exilio, alba interrumpida», uno de sus artículos del regreso, Zambrano será más explícita y menos críptica:

El exilio, por tanto, ha sido ante todo, y más que nada, diáspora: los amigos perdidos, las ocasiones frustradas, el intento siempre abierto de una nueva patria que las abrace a todas. Y esto es lo que se me ha impuesto inclusive ahora que estoy en el centro de España, lo que quisiera es que todos los hombres estuviesen en el centro de una patria común.

La derrota que dio origen al exilio mío y de millones de gentes inclusive durante muchos años fue, ya lo he dicho, diáspora; no se sabía dónde estaba nadie, a veces entre la niebla se los encontraba, a veces aparecían con una forma distinta: eran los nuevos amigos, eran los jóvenes no nacidos, eran los todavía por nacer, porque eso es lo que sucede con toda alba interrumpida. De ahí que mi ferviente voto, ofrenda, es que no se repita, que no se repita más la guerra civil en parte alguna del mundo, que los hombres encuentren una patria común que, sin dejar de ser patria y singularmente suya, sea al par de todos los hombres.¹²

Con su visión diaspórica del exilio, Zambrano sugiere una nueva concepción de la ciudadanía, liberada del vínculo con la sangre y la tierra, e inspirada en la marginalidad y la negación generadas por la ciudadanía convencional, así como en la memoria de sus exclusiones. Desde la diáspora —apunta en este sentido Reyes Mate—, el exilio se convierte en una forma de existencia que hace suya y universaliza la traducción judía de la tierra prometida por universalidad, transformando la relación material con la sangre y la tierra en una relación simbólica. La tierra ya no será entonces una patria concreta, sino el mundo, mientras que la sangre ya no será un elemento biológico (biopolítico), sino una metáfora de la vida que ya no merece ser sacrificada por ninguna tierra en particular. Se puede por tanto pertenecer a una o varias patrias, sin llegar a identificarse completamente con ninguna de ellas y sin renunciar a esa reserva simbólica.¹³

Pero el exilio zambraniano, como la diáspora, tiene una dimensión universal sin la que no podría erigirse en expresión —provisional, al

10. Zambrano, M., *Los bienaventurados*, págs. 36 y ss.

11. *Ibidem.*, pág. 43.

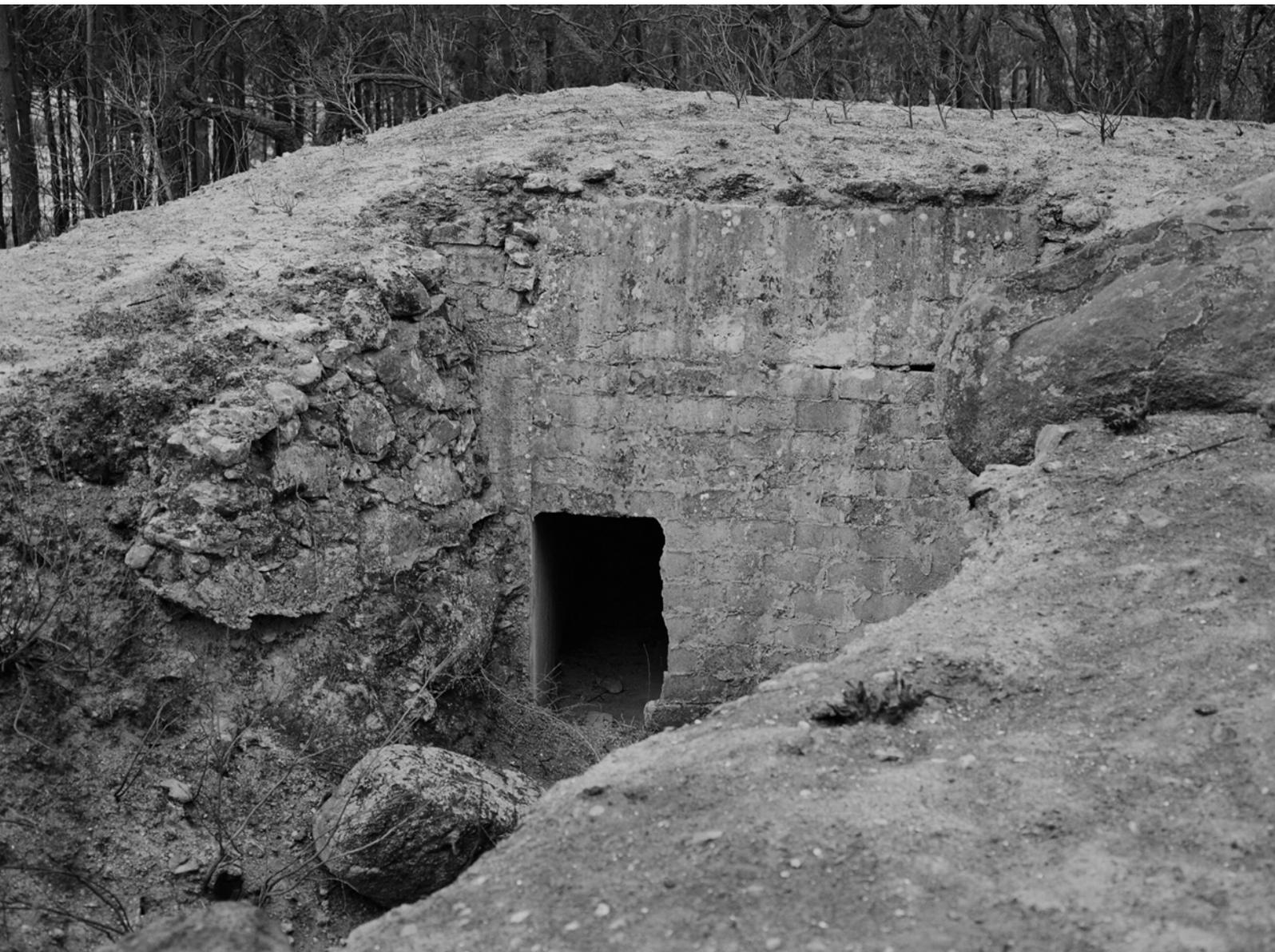
12. «El exilio, alba interrumpida», en *Obras completas*, VI, ed. dirigida por Moreno Sanz, J., Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2014, pág. 745. «El exilio ha sido como mi patria, o como una dimensión de una patria desconocida, pero que una vez que se conoce, es irrenunciable», dirá en «Amo mi exilio», en *ibidem.*, pág. 778.

13. «Del exilio a la diáspora. A propósito de Max Aub y María Zambrano», en Mate, R., *La piedra desechada*, Madrid, Trotta, 2013, págs. 182-201.

14. M. Zambrano, «Amo mi exilio», op. cit.

15. Arendt, H., *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 2006, pág. 424.

menos— de esta ciudadanía sin exclusiones. La experiencia del exilio no se agota en la calamidad de quienes lo han vivido en su propia piel, sino que alcanza también a quienes han sido interpelados o han sido testigos de ella. Unos exilios se acumulan sobre otros y no hay cultura o tradición en la que alguno de ellos no haya dejado su huella. Esos exilios se pueden echar al olvido o se puede hacer memoria de ellos, pero siempre acompañarán a la existencia humana. Más allá de este hecho, el exilio es además para Zambrano una «dimensión esencial de la vida humana»,¹⁴ palpable en sus zozobras y sus incertidumbres, su condición vulnerable y de arrojo en el mundo; algo esencial al existir mismo que sin duda puede remitirnos al universo gnóstico de Zambrano, pero también a esa reserva simbólica que permite a todo ser humano echar raíces en su propio desarraigo vital y convertirlo en una nueva experiencia de ciudadanía. El exilio puede ser la condición del hombre verdadero que se siente arrojado de un paraíso originario al que aspira a volver, que se ha desprendido de todo para encaminarse hacia una suerte de patria trascendente en la que lo humano y lo divino puedan sellar una nueva reconciliación; pero también puede ser diáspora y desahogo de posibilidades críticas latentes. Zambrano encontró en la razón poética ese «algo sagrado» que Arendt echa en falta en «la abstracta desnudez del ser humano»¹⁵ cuando este se ve desposeído de una nacionalidad que garantice sus derechos como tal. Que no lo encontrara en una razón netamente crítica dificulta el rescate de su semántica del exilio en el terreno político, pero no lo impide. Renunciar a ello, obviando así su dimensión diaspórica, nos conduciría hacia una especie de espiritualismo apolítico.



Jordi Morell. *Sin título (I)*, 2012